

6

Jesucristo: el rostro de la felicidad cristiana*

Dalia Santa Cruz Vera**

*Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón
y vuestra alegría nadie os la podrá quitar.
Jn 16, 22*

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida”.¹ Este encuentro –como lo expresa Benedicto XVI en su primera encíclica– transforma la existencia del creyente, la llena de sentido al anticipar en él, por la fe, esperanza cristiana, la promesa de salvación eterna. Solo el amor es capaz de redimir al hombre, de ahí que el amor de Dios, manifestado en Cristo-Jesús, colme el corazón humano de auténtica alegría, ilumine el camino presente con sus luchas y dificultades, con la luz futura de un amor que acompaña y espera. La felicidad para el cristiano tiene un rostro y un nombre: Jesucristo.

* Ponencia pronunciada en el Seminario Fe y Felicidad, organizado por la Comisión de Estudios Pontificios de la Universidad Católica de Colombia, el 29 de noviembre de 2013, con ocasión de la clausura del año de la fe en la Iglesia.

** Bióloga, Master en Bioética, Master en Matrimonio y Familia y docente de Ética y Bioética del Departamento de Humanidades de la Universidad Católica de Colombia.

¹ Benedicto XVI. “Carta Encíclica Deus caritas”. *La Santa Sede (blog)*, 2005, http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html, n.º1.

A manera de introducción: un corazón inquieto

“Profesora ¿tú crees en Dios? Yo antes creía, era cristiana, pero ahora no creo que exista”. Así empezó a entablarse un diálogo íntimo con una joven estudiante al finalizar un día de clase. “Todos me decían que tenía que entregarme a Dios –continuó explicando–, que tenía que darle mi vida, que no podía hacer esto o aquello, que dejara que Dios viviera en mí”. Para afirmar después:

Yo no creo que tenga que ser así. ¿Por qué tengo que dejar que Dios viva mi vida si Él ya tuvo la suya? ¿Eso no es ser egoísta? ¿Por qué no puedo elegir yo lo que quiera? Aunque me equivoque, así aprendo y es más bonito. ¿Por qué me quiere quitar mi vida? ¡Quiero vivir yo, elegir yo! Si es verdad que Dios nos dio la vida, ¿por qué me la quiere quitar? ¿Usted cree que tengo que darle mi vida?

Estas palabras dolidas de mi joven estudiante reflejan bien lo que hoy muchas personas piensan y sienten de Dios. Muchos le ven como un intruso, como aquel que quita la ilusión de la vida, un Dios ladrón de la felicidad del hombre, envidioso de su libertad. En un Dios así, ciertamente, cuesta creer.

Para los cristianos no hay alegría más honda que la de saber que Cristo nos habita. Esta verdad teológica de la presencia de Dios en el alma del creyente es profundamente consoladora. El que Jesucristo, por la gracia, viva, hable, ame y sufra en el hombre creado por su amor y redimido por su sangre, es suficiente para llenar de luz y entusiasmo la vida de todo bautizado, para colmarnos de una honda felicidad. “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20), exclamaba san Pablo haciéndose eco del corazón cristiano. Pero a veces pareciera que el hombre de hoy está lejos de vislumbrar una realidad tan esperanzadora.

Lo cierto es que no estoy bien [continúa diciendo mi joven amiga]. Le tengo miedo a la muerte, desde pequeña le he tenido mucho miedo a la

muerte. Cuando era cristiana e iba a la Iglesia se me quitó ese miedo, pero ahora, no creo en Dios... Quizás por eso... ¿Comprende?

Hubiera querido responderle como Jesús a la mujer Samaritana: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú misma le pedirías agua viva y Él te la daría... Un agua que salta hasta la vida eterna para que nunca más tengas sed” (cf. Jn 4, 10. 14-15). O gritarle con Juan Pablo II: “¡No tengas miedo! ¡Abre de par en par las puertas a Cristo!”²

Con un profundo conocimiento del corazón humano y con la larga experiencia de una vida al servicio de Cristo y de su Iglesia, Benedicto XVI nos brinda una radiografía de los miedos y anhelos que embarga, muchas veces, el alma joven. Así, en la homilía del inicio de su Pontificado, preguntaba:

¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad?³

Y, haciéndose eco de su predecesor, decía a todos:

¡No! Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo.

.....
2 22 de octubre de 1978, Juan Pablo II inició su ministerio papal. Plaza de San Pedro, Roma.

3 24 de abril de 2005, Benedicto XVI inició su ministerio papal. Plaza de San Pedro, Roma.

Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida.⁴

Un corazón joven es un corazón inquieto, siempre en búsqueda de aquello que pueda saciar esta sed de amor y de felicidad que llevamos dentro. Las imágenes falsas de Dios no pueden hacernos felices, sino que cierran el camino a la esperanza. Nos abocan, tarde o temprano, a la tristeza del sinsentido, al vértigo del vacío, a la desconfianza de la nada.

Para experimentar “la alegría de su salvación”, los creyentes tenemos que aprender a seguir el anhelo profundo de nuestro corazón, que nos dice: “Buscad mi rostro”, y debemos aprender a contestar como el salmista: “Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro” (Sal 26, 8-9). Presentimos que solo en la contemplación del rostro de Dios, manifestado en Jesucristo, podremos encontrar la esperanza que no defrauda. Sí, Jesucristo es el rostro y el nombre de la Felicidad. Es Él la Buena Noticia, el Evangelio, la auténtica Bienaventuranza. ¿Y qué nos ofrece Jesucristo para saciar un corazón inquieto? ¿Qué conlleva la fe en el Dios cristiano? ¿Qué nos da? ¿Qué nos promete la fe-esperanza en Cristo? Guiados por el Magisterio de la Iglesia, especialmente por las enseñanzas del Papa Benedicto XVI en la encíclica *Spe salvi*, intentaremos responder, de alguna manera, a estas interrogantes.

La esperanza que nos salva: un amor más fuerte que la muerte

A la luz de las reflexiones que desarrolla el Papa emérito Benedicto XVI en su encíclica sobre la esperanza cristiana, *Spe salvi*, podemos plantear las siguientes preguntas en relación con el tema que ocupa el texto: ¿puede existir felicidad verdadera para quien vive sin esperanza? ¿El hombre es capaz de afrontar con alegría las fatigas del

.....
4 Ibid.

presente, de sortear las dificultades del camino de la vida, si no es cierto que existe para él un futuro, una meta segura hacia dónde dirigirse, y que esa meta es lo suficientemente grande para justificar el esfuerzo del camino?⁵

Muchos hombres y mujeres de hoy pueden experimentar quizá la situación a la que se refiere San Pablo cuando, al dirigirse a los efesios, les recuerda que antes de conocer a Cristo no tenían en el mundo “ni esperanza ni Dios” (Ef 2, 12). Tenemos, sí, las pequeñas esperanzas de la vida terrena: terminar la carrera, conseguir un trabajo, el éxito profesional, el amor humano, etc. No obstante, una vez alcanzadas, sentimos que no son del todo suficientes, que debemos seguir buscando una esperanza más grande. También están aquellas otras esperanzas construidas sobre el progreso y el avance de la ciencia, o las que ofrecen la política o el desarrollo económico, muchas de las cuales se han desvelado como falsas e ilusorias. Sentimos entonces la imperiosa necesidad de vislumbrar una esperanza mayor, de asirnos a un futuro fiable, a aquello que sea capaz de asegurarnos que la vida, en su conjunto, no acabará en el vacío.⁶ Necesitamos que sea una esperanza de lo infinito y que sea real, verdadera, capaz de llenar de contenido el presente y dar razones para vivir.

En la *Spe salvi*, el Papa nos invita a contemplar ese mundo “sin Dios y sin esperanza” del que habla Pablo dirigiéndose a los primeros cristianos, y que expresa de manera escalofriante un epitafio de esa época: “En la nada, de la nada, qué pronto decaemos”.⁷

Shakespeare, a su manera, enuncia este mismo pensamiento cuando dice que “un mundo sin Dios sería como una fábula

.....
5 Benedicto XVI, “Carta Encíclica *Spe salvi*”. La Santa Sede (blog), 2007, http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html, n.º1.

6 Ibid., n.º2.

7 Ibid.

contada por un idiota en un acceso de ira".⁸ Es decir, un mundo donde lo que prima no es la verdad sino la mentira, no es la esperanza sino el sinsentido, no es el amor sino la violencia. Vivir "sin esperanza y sin Dios" es vivir en un mundo oscuro y estar ante un futuro sombrío.⁹

El Apóstol de los gentiles sabía que las comunidades recién convertidas al cristianismo habían tenido su religión y sus dioses, pero sabía también que, a pesar de los dioses, estaban "sin Dios", que sus dioses se habían demostrado inciertos y que de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna para ellos.¹⁰

La religión-Estado romana se había esclerotizado y era solo una "religión política". El mito había perdido credibilidad. "El racionalismo filosófico –escribe el Papa– había relegado a los dioses al ámbito de lo irreal. Se veía lo divino de diversas formas en las fuerzas cósmicas, pero no existía un Dios al que se pudiera rezar".¹¹

La Buena Nueva inaugurada por Cristo invierte la concepción del mundo pagano. Los hombres y el mundo no están gobernados por las leyes de la materia y bajo el señorío de los elementos de este mundo. Al *principio* de todo no se encuentra el caos sino el Amor, la Inteligencia y la Voluntad de un Dios personal que nos ha mostrado su rostro en Jesucristo. En Él, el hombre ya no está bajo el dominio de las fuerzas impersonales del universo, sino bajo el designio de una Persona que lo ama. Como afirma el Papa, "y si conocemos a esta Persona, y ella a nosotros, entonces el inexorable poder de los elementos materiales ya no es la última instancia; ya no somos esclavos del universo y de sus leyes, ahora somos libres".¹²

8 Ibid.

9 Ibid., n.º1.

10 Ibid., n.º2.

11 Ibid., n.º5.

12 Ibid.

En Jesucristo se nos ha revelado la verdad del mundo, del hombre y de Dios: “Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda criatura [...] Todo fue creado por Él y para Él” (Col 1, 15-16). Como diría Dante, es Él, Jesucristo, “el Amor que mueve el sol y las estrellas”.¹³

Desde el inicio del anuncio del Evangelio, muchos “corazones inquietos” o “espíritus genuinos”, como los llama el Papa, han sido conquistados por esta nueva esperanza:

El cielo no está vacío. La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor.¹⁴

La alegría de los cristianos de los primeros siglos –a los que se dirige san Pablo–, así como la alegría de los cristianos de todos los tiempos, es, pues, la misma: tenemos un futuro, ciertamente no conocemos sus pormenores –como escribe el Papa Benedicto–, pero sabemos que es una realidad positiva, que nuestra vida no acaba en la nada, porque la sostiene un “amor que es más fuerte que la muerte”.¹⁵

La felicidad, desde la perspectiva cristiana, está pues en estrecha relación con la segunda virtud teologal: la Esperanza que no defrauda (Rm 5, 5) y que nos está salvando (Cf. Rm 8, 24).

Rasgos de la esperanza cristiana

Con Benedicto XVI podemos preguntarnos ahora: ¿qué tipo de certeza nos brinda la fe-esperanza cristiana? ¿Acaso es solo una fuerte convicción personal, una especie de optimismo o de convencimiento subjetivo que sirve para hacer al creyente la vida más llevadera, pero que más allá de su vivencia individual no tiene nada que decir a los demás?

13 Dante Alighieri, *La divina Comedia* (México: Océano exprés, 2011).

14 Benedicto XVI, “Carta Encíclica *Spe salvi*”.

15 Ibid., n.º 2.

Me vienen a la memoria las palabras de una estudiante que, sin saberlo quizá del todo, se cuestionaba existencialmente por el valor de la fe y de la esperanza en Cristo. Ella expresó: “Algo tiene que dar la fe para poder afrontar con tanta serenidad la muerte. La fe tiene que ser importante si permite a las personas asumir así el sufrimiento”.

Esta joven había ido alejándose paulatinamente de la fe, pero la trágica muerte de un amigo de dieciocho años la despertó. Cayó en tristeza por muchos días, no fue capaz de acercarse, aún meses después del suceso, a la tumba del amigo. Preocupada, preguntó por los padres del compañero muerto, a lo que le respondieron que ellos demostraron una fortaleza y fe admirables. El día del entierro, amigos y conocidos les preguntaron qué medicina habían tomado para mantenerse serenos, frente a lo que dijeron: “Nuestra medicina es Jesús”.

La joven me dijo:

Algo tiene que tener la fe para que la vida de las personas pueda ser de esta manera [...] Solo entonces me di cuenta que, a pesar de lo que diga la gente, la fe sí nos da algo importante [...] Yo aún no sabía qué era, pero empecé a darme cuenta que la necesitaba.

Retomando los cuestionamientos que laten en el fondo de la encíclica, y a los que el Papa Benedicto busca dar respuesta, nos podemos preguntar: ¿es real la esperanza cristiana? ¿No se desvelará acaso un día como una más de tantas esperanzas ilusorias que han engañado a la humanidad? ¿Cuál es la naturaleza de esta esperanza?

En el número 2 de la encíclica, el Papa explica que “esperanza” es una palabra central de la fe bíblica, al punto que en muchos pasajes las palabras “fe” y “esperanza” aparecen intercambiables. Así, nos presenta, más adelante, en el número 8, una especie de definición teológica de la fe que la une estrechamente al concepto de esperanza. En la Carta a los Hebreos se lee: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve” (Hb 11, 1).

La exégesis del texto lleva al Papa a analizar la palabra central de la anterior definición: garantía, *hypostasis* en griego y *substancia* en latín. Si la fe es *substancia* de lo que se espera, entonces se trata de una realidad efectiva en el creyente, por medio de la cual lo futuro –lo esperado– se anticipa, se hace presente.

Siguiendo a Tomás de Aquino y a la gran Tradición de la Iglesia, Benedicto XVI explicita el sentido del texto sagrado de la siguiente manera:

Por la fe, de manera incipiente, podríamos decir «en germen» –por tanto según la «sustancia»– ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza.¹⁶

La fe, según el sentido del texto bíblico, no tiene un significado subjetivo, por tanto, no puede entenderse solo como la expresión de una actitud interior del sujeto: “estar firme en lo que espero”. El término *substancia* –escribe el Papa–, tiene un significado objetivo de realidad presente en nosotros.

En la Carta a los Hebreos se nos dice también que la fe es “la prueba –*elenchos*– de lo que no se ve”. El término griego *elenchos* –explica Benedicto XVI– no tiene tampoco el valor subjetivo de “convicción”, sino el significado objetivo de “prueba”.

Martín Lutero interpretó la fe desde una dimensión puramente subjetiva, de ahí que en el pensamiento protestante –con cierto influjo también en la exégesis católica– se haya hecho clásica la siguiente traducción del texto citado: “fe es: estar firmes en lo que se espera; convencidos de lo que no se ve”.¹⁷ En esta interpretación el acento no se pone en la realidad efectiva de la fe recibida, sino en la actitud de la persona, en su esfuerzo por mantenerse firme y convencida.

.....
16 Ibid., n.º 7.

17 Ibid.

Ahora bien, la dificultad de esta interpretación salta a la vista: se puede estar completamente convencido de lo que no es más que una ilusión. La firme convicción de una persona no basta para la autenticidad de la fe, no es indicio de la realidad esperada.

El Papa continúa su argumentación exponiendo que

la fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una "prueba" de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro "todavía-no".¹⁸

De tal manera que la fe-esperanza cristiana no es tender hacia un futuro completamente ausente. La fe da en esta vida algo de la realidad futura que el creyente espera poseer completamente. Es verdad que no es una realidad material, que se pueda ver y tocar como un objeto, sino que, como escribe el Papa, "esta 'realidad' que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no 'aparece'), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma".¹⁹

¿Qué nos da la fe-esperanza cristiana? Por la fe se nos da a Aquel que nos espera después de la muerte, Aquel cuyo rostro deseamos contemplar un día en el cielo. Se nos da la Presencia de Aquel que prometió a sus discípulos: "Yo estaré con ustedes hasta el final de los tiempos". La presencia del Señor en la vida del creyente es real, efectiva y actuante aquí en la tierra. Esperamos encontrarnos con Él de manera plena y total en la vida eterna, porque ya aquí, por la Gracia, se nos ha dado –en germen– la vida de Dios. Se cumplen en el creyente las palabras de Cristo en la última cena: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14, 23). Esta es nuestra certeza: Cristo, el

.....
18 Ibid.

19 Ibid.

Esperado de todos los tiempos, vive ya en mí, vive en nosotros. Él es nuestra Esperanza.

Al respecto, en el número 9 de la encíclica se lee:

En el Nuevo Testamento, esta espera de Dios [...] asume un nuevo significado: Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la “sustancia” de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado. Es la espera, ante la presencia de Cristo, con Cristo presente, de que su Cuerpo se complete, con vistas a su llegada definitiva.²⁰

Resuenan ahora con más claridad las palabras del Papa Francisco:

La esperanza cristiana no es un fantasma y no engaña. Es una virtud teológica y, en definitiva, un regalo de Dios que no se puede reducir a un optimismo meramente humano. Dios no defrauda la esperanza ni puede traicionarse a sí mismo. Dios es todo promesa.²¹

Podemos concluir este apartado diciendo que el camino de la felicidad auténtica nos viene de la fe, del encuentro con el Dios de Jesucristo. Y, a partir de este encuentro, podemos ver la propia vida a la luz del rostro de Dios, podemos vivirla al calor de su Presencia. La promesa de Cristo no se refiere solo a una realidad futura, “su reino no es un más allá imaginario, su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza”.²² Él es el misterio del “Reino de Dios que está ya entre nosotros” (Lc 17, 20).

La esperanza que nos salva: el encuentro con Jesucristo

El Papa Benedicto XVI, en su primera encíclica, nos decía: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino

.....
20 Ibid., n.º9.

21 Antonio Spadaro, “Entrevista exclusiva. Papa Francisco: busquemos ser una Iglesia que encuentra nuevos caminos”, Razón y Fe, http://www.razonyfe.org/images/stories/Entrevista_al_papa_Francisco.pdf, 21.

22 Benedicto XVI, “Carta Encíclica Spe salvi”.

por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva".²³

La esperanza que nos salva proviene del encuentro real con Dios, pero puede ser que nos hayamos acostumbrado a vivir con la idea del Dios cristiano y que esta esperanza pueda resultarnos casi imperceptible. Por eso, de una manera concreta, Benedicto XVI nos acerca a la figura de Josefina Bakhita, una santa africana que había vivido desde niña la cruelísima experiencia de la esclavitud; después de los terribles dueños que había tenido, Josefina encuentra a su verdadero "Dueño", a su Señor, quien la conocía y la amaba profundamente. En Jesucristo descubre que

era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba "a la derecha de Dios Padre". En este momento tuvo "esperanza"; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa.²⁴

La esperanza que proclama el cristianismo no es una idea o una utopía, no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber. La fe no es solo "informativa" –escribe el Papa–, es "performativa", es decir, es capaz de transformar la vida de las personas. Sí, "Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto".²⁵

23 Benedicto XVI, "Carta Encíclica Deus caritas", *La Santa Sede (blog)*, 2005, http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html, n.º1.

24 Ibid., n.º3.

25 Ibid., n.º31.

Un amor que nos redime

No es la ciencia, el progreso o el desarrollo económico lo que da un sentido a la existencia. Solo el amor puede redimir al hombre. “Nadie experimenta verdadera alegría si no vive en el amor”, dice Tomás de Aquino. Así, el experimentar un gran amor en la vida es para todo hombre un momento de “redención”, porque ese amor da un nuevo sentido a la existencia. Pero qué pronto descubre el hombre la fragilidad de este amor que por sí solo no resuelve el problema de la vida: puede ser destruido por la muerte. Como seres humanos necesitamos un amor incondicional que nos haga exclamar como a san Pablo: “Ni muerte, ni vida [...] ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Rm 8, 38-39).

El experimentar el amor de Cristo hasta el extremo de la Cruz es lo que redime verdaderamente al hombre. El tener la certeza absoluta de un amor absoluto. En Cristo todo hombre puede estar seguro de Dios y de su amor.²⁶

Jesucristo, compañero de camino

Jesucristo, nuestra Esperanza, es también quien nos acompaña en el camino del sufrimiento y de la muerte. Él nos muestra el camino más allá de la muerte. Él mismo es el Camino y la Vida que todos anhelamos. La imagen de Cristo, el Buen Pastor, se encontraba frecuentemente en los sarcófagos de los cristianos de los primeros tiempos. A la luz de esta imagen, el Papa nos dice:

El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte,

.....
26 Ibid., n.º 26.

la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto.²⁷

Por eso, el cristiano puede rezar con el salmista: “El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo” (Sal 23). Cuando Jesucristo, en el Evangelio de Juan, nos explica en qué consiste la vida eterna, nos dice: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3). El Papa escribe: “La vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces “vivimos””.²⁸

Podemos afirmar que el encuentro con el Dios que salva es el centro de la vivencia cristiana, la razón de su esperanza y la fuente de su felicidad. En la vida de los santos, en la de los grandes convertidos, en la de todo hombre y mujer de fe, podemos hallar la misma experiencia de fondo: todos han sido tocados por el amor salvador de Dios. Jesucristo es la Alegría del creyente, porque en Él ha encontrado su Salvación. La experiencia de haber sido rescatados por su entrega, redimidos por un amor que es más fuerte que la muerte, es la razón última de nuestra felicidad. El encuentro con este Amor es la fuente del verdadero gozo, el gozo de Jesucristo, aquel que nada ni nadie nos puede arrebatar.

A manera de conclusión

Si, como hemos visto, en un mundo sin Dios prima la desesperación de la nada, el peso fatigoso de una vida que no va segura hacia ninguna parte, el cansancio de un trabajo o de una lucha que no lleva con certeza a meta alguna superior a nuestras pequeñas metas, Cristo, por el contrario, se presenta como nuestra Esperanza. Él es

27 Ibid., n.º6.

28 Ibid., n.º27.

Aquel que nos salva de la insensatez de la vida, de la tristeza del dolor y de la muerte, del mal y del pecado. Cristo es quien, por su entrega en la Cruz, nos abre las puertas de una Vida Plena más allá de la muerte. Es Él quien ha bajado a los infiernos y nos acompaña en el momento decisivo de la muerte. Y es por Él que todo hombre puede decir de sí mismo: “nunca más estaré solo, tu Bondad, Señor, me asegura el honor y la fuerza” (Sal 29).

Siguiendo a Juan Pablo II, podemos afirmar entonces que “el misterio de la felicidad humana encuentra su clave en Jesucristo.”²⁹ Si el don de la fe-esperanza se nos da en el encuentro con Cristo, entonces los rasgos de la felicidad se dibujan en su Rostro. La Buena Nueva que trae el cristianismo es una Persona Viva con quien se puede hablar y a quien se puede orar e invocar por su Nombre: Jesucristo.

Para terminar, contemplemos también el rostro de quien es Causa de nuestra Alegría, María, Aquella por quien vino la Salvación del mundo. Encomendémonos a Ella para aprender a agradecer a Dios el don inapreciable de la fe y de la esperanza que nos salva. Y digámosle con toda la Iglesia: “¡Feliz tú porque has creído!” (Lc 1, 45).

Bibliografía

La bibliografía correspondiente se ha ubicado al final del libro.

29 Discurso a la Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para el Diálogo con los No Creyentes, 16 de marzo de 1991.